

La Venta Sin Fin



© *Copyright Miguel Ángel Arcel*
Digitalizado en el año 2009

Se autoriza para que el presente ebook pueda distribuirse libremente en la red internet en forma gratuita. Cualquier otra publicación sobre cualquier otro soporte de edición y reproducción está sujeta a la revisión y autorización por escrito del autor o su representante autorizado en todo tiempo y lugar. Para cualquier información dirigirse a marc@angelred.com

"Una de las principales enfermedades del hombre es su inquieta curiosidad por conocer lo que no puede llegar a saber." Blas Pascal

José estaba sentado frente a la ventana. Observaba todo lo que el hermoso día mostraba bajo un sol que develaba gratuitamente todo lo que tocaba. Reflexionaba acerca de la vida y de la muerte, por su mente pasaban escenas de hondo dramatismo que se mezclaban con imágenes de real vitalidad. En la pantalla de su mente se proyectaban escenas que la memoria enviaba como señales auditivas, visuales y hasta táctiles. Imágenes de la guerra, que no vivió, pero que las conocía, como todos conocemos cosas que provienen de ancestros sin que aún sepamos muy bien como funciona esa memoria.

A veces, cuando el tiempo se lo permitía, José se quedaba en su casa disfrutando de la música y de otros pasatiempos favoritos. Dibujar era una de sus grandes distracciones, leer e investigar en ciencias ocultas también.

En muchísimas ocasiones cuando algo irrumpía en su mente, sea en imaginación o deliberadamente pensado, ocurría que aquello que visualizaba se convertía en realidad. A veces tenía miedo de pensar. Ese temor y esa duda lo llevaron a investigar en las ciencias ocultas, ya que la religión no había satisfecho todas sus inquietudes. Sentía que era natural, que era lógico el derecho a dudar, a tener inquietudes en la vida y lo que más allá de la ella existía o no.

Una vez, él se estaba acostado en su cama dispuesto a dormir, pero no pudo hacerlo. Un pensamiento insistente con horribles imágenes sobre un accidente ferroviario se repetía mentalmente haciendo que el simple acto de dormir se convirtiera en una tarea difícil cuando en realidad no debía constituir problema alguno. Veía escenas en las que él iba sentado dentro del tren y que de pronto éste chocaba con un automóvil que quería cruzar las vías. El tren descarrilaba produciéndose un accidente considerable. Intentaba dormir, pensar en otra cosa y nuevamente en su mente aparecían explosiones, estallidos de gritos, imágenes del tren, otra vez. Al día siguiente tenía que hacer un trámite en el centro de la ciudad capital. Él vivía en una ciudad aledaña a la gran ciudad y para ir hasta allí debía abordar el tren eléctrico que en pocos minutos lo acercaba hasta allí. El

tren había pasado ya varias estaciones y le faltaban dos o tres cuando en un momento se siente un extraño ruido a choque, las luces del tren se debilitan y se apagan, éste va frenando abruptamente mientras que por los costados del tren y a través de las ventanillas pueden verse tremendos chispazos como los que producen las explosiones. Cuando por fin se detuvo, toda la gente que viajaba en ese momento estaba totalmente asustada y perpleja. Muchos se levantaron de sus asientos y quisieron ver por las ventanillas lo que había ocurrido. No había chocado con un automóvil sino con una rueda de camión que algún inadaptado había puesto deliberadamente allí. La gente se empezaba a molestar por la demora del tren, alguien decía que llegaría tarde a su trabajo y culpaba al servicio de lo sucedido, otros chistaban y resoplaban por el percance. Cuando por fin se solucionó el problema, el tren continuó su marcha. Pero todo ese tiempo, le dio a José motivo de revisar sus pensamientos e ideas de la noche anterior. Por suerte no le ocurrió nada ni a él ni a nadie, pero lo que más le llamó la atención fue que cuando volvía de regreso a su casa, el tren el que viajaba de vuelta a su casa después de haber hecho el trámite de la mañana, estaba demorado porque el tren que había partido antes que el que tomó él, había descarrilado más adelante. Día complicado y fatídico aquel. No lo pensó más y regresó a su casa como siempre.

Al día siguiente, José se encontraba absorto en sus pensamientos cuando tuvo la seguridad que la luz que entraba por la ventana anunciaba otro buen día develando todos los colores de la vida. Uno podía sentir en un día así que la vida es el ideal del universo, y si la vida es el ideal del universo y se refleja en todos los colores ¿qué color tendría la muerte? Pensó. De pronto se levantó del sillón en el que normalmente se sentaba porque algo lo atrajo a mirar hacia fuera. Ese algo era una persona muy extraña, tal vez le llamó la atención su elevada estatura o su presencia imponente o la palidez del rostro. El hombre caminaba muy despacio. Iba por la vereda de enfrente como pensativo o preocupado. Con sutil gesto corrió las cortinas para ver a ese tipo que cruzaba la calle y venía para su casa. Seguramente será un vendedor que viene a ofrecer algún seguro o cosa por estilo, pensó José, de esos que uno no se saca nunca de encima porque quieren vender algo a toda costa. Terminó de cruzar la calle y llegó hasta la puerta de su casa. Erguido, solemne, con la mirada fija hacia el interior de la casa, tocó el timbre. Con cierta desconfianza, José decidió salir y atender a ese hombre allí parado.

-Buenos días señor, ¿Qué desea? – inquirió José amablemente.

-Buenos días –respondió el hombre con una voz cascada y apagada comenzando a hacer su presentación-, vengo ofreciendo algo que seguramente ha de interesarle. Soy vendedor de libros. Represento a una firma universalmente conocida y en esta oportunidad tengo el grato deber de llevar al público estos libros que han de ser de mucha utilidad para quien los adquiera. La sabiduría de la raza humana está contenida en sus páginas. Son siete tomos de mil páginas cada uno, todo en una finísima encuadernación, cosidos a mano y con cubiertas de cuero artesanalmente repujado, una joya. Si usted quiere puedo dejárselos para que los vea, los revise y los adquiera con suma facilidad en los pagos a crédito.

-Bueno..., mire, yo le agradezco mucho su oferta, pero en este momento no estoy en condiciones de comprarlos por varias razones económicas.

En realidad, José, económicamente no estaba mal. Podía comprarlos de haber querido, pero resulta que a veces, cuando no hay problemas económicos, no se siente la necesidad de comprar nada si no es por un deseo ulterior que pide materializarse. Comprar por comprar, no tiene sentido.

-¡Pero señor... fíjese usted!, véalos. En estas páginas, nada de lo que está escrito es mentira. Es el conocimiento que todo el mundo busca, el amor, la paz eterna, la felicidad, todo está aquí. No tendrá que buscar nunca más en otro lugar porque todo está aquí escrito. Usted encontrará todas las soluciones a los problemas más diversos con solo leer éstas páginas. Se le ofrece la facilidad de comprarlos en cómodas cuotas, pero fíjese usted mismo y lo comprobará.

José tomó los libros y se decidió hojear el primer tomo. No quería parecer descortés, pero tampoco quería ilusionar al pobre tipo haciéndole creer que los compraría. A José le encantaba la lectura sobre todo si esa lectura trataba de cosas distintas, originales y que sumaran algo de sabiduría.

Abrió el libro y en la primera página decía:

“Ven conmigo. Te llevaré al lugar de tus sueños. Atrás dejarás la oscuridad y el temor porque conocerás el verdadero resplandor cruzando el umbral que nos separa.”

Esta frase lo molestó, lo irritó, aunque no supo bien por qué. Tal vez le pareció que eran palabras viscosas, de esas que te intentan arrastrar suavemente sin que te des cuenta hacia donde te llevarán las mismas. No quiso seguir leyendo y miró los dibujos y fotografías. Jamás había visto semejantes colores. Eran espectacularmente intensos y hermosos.

Los ojos del vendedor estaban puestos fijamente en los de José. Expectantes. De repente José se quedó con un gesto de asombro en el rostro que inmediatamente fue captado por el astuto vendedor. En una de las fotografías aparecía, lejano y casi desdibujado, un personaje parecidísimo al vendedor, pero pensó que era una pura casualidad. ¿Qué haría el vendedor en el cuadro de “La Última Cena” de Da Vinci? ¡Qué ridículo! –pensó, seguramente sería una reproducción de otro autor y no el original de Leonardo.

La apariencia y vestimenta del vendedor era un tanto desconcertante. Cabellos negros, barba rojiza, saco azul y pantalón de color marrón oscuro, camisa verde, corbata roja, chaleco de color violeta y zapatos de color rojizo. Bueno, al menos los zapatos combinaban con su enmarañada barba. Ojos brillantes como el reflejo de la luna en un estanque. Había en el tono de su voz un dejo de amargura que se recomponía inmediatamente en las sonrisas propias de todo vendedor.

-Discúlpeme señor, –le dijo finalmente José- sus libros son muy interesantes pero tendrá que ser en otra ocasión. Hoy no puedo y no dispongo de tiempo para continuar mirándolos. Tengo infinidad de cosas por hacer y no voy a tener tiempo para la lectura.

El rostro del vendedor se ensombreció. Bajó la mirada y guardó sus libros en el oscuro maletín sin decir palabra. Se esforzó en sonreír y acotó:

-Ayer vendí la colección completa, los siete tomos, a una señora que vive a media cuadra de aquí. Es una señora muy simpática. Creo que es la señora... la señora... ¡Verdi! –Exclamó- Sí, la señora Verdi.

-Pero cómo, la señora Verdi no puede leer, está casi ciega, y en su casa no vive más que ella y una mucama que la ayuda en los quehaceres domésticos, además tengo entendido que la pobre es semi analfabeta, apenas sabe leer y escribir, lo necesario para algunas cosas cotidianas. ¿Para qué quiere siete libros si sus ojos ya no ven?, es muy vieja –dijo José con asombro y algo de pena.

-Ahora sí podrá hacerlo. Ahora sí. –Respondió con fría seguridad el vendedor y agregó- Bien, otra vez será caballero, nos veremos en otra oportunidad, quizás más adelante usted pueda comprarme algo, no siempre vendo estos libros. Adiós y que tenga usted buen día. Gracias por su atención.

El extraño hombre, dio media vuelta y se alejó. Se iba caminando lentamente, tal como había llegado. No se detuvo en ninguna de las casas vecinas. Llegó hasta la esquina y desapareció por la derecha.

En verdad causaba un poco de pena este tipo. Vestido así, con ropa que no combinaba nada con nada. Tal vez sería porque el pobre no tenía con qué vestir mejor y debía salir a trabajar sea como sea para ganarse la vida. Quien sabe. Sentía que a lo mejor hubiera podido ayudarlo comprándole esos libros, a lo mejor alguna vez podría darle realmente utilidad. Caminó rápidamente en dirección adonde se había ido el vendedor. Llegó hasta la esquina, miró a la derecha y allí estaba a mitad de cuadra, parado frente a la casa de la señora Verdi. De pronto sintió bajo sus pies un ruido metálico. Era la cadena que se cortó y cayó al suelo junto con la cruz de plata, la que siempre llevó con él. Se inclinó para levantarla e intentó recolocar la cadena en la cruz, pero no se podía, un eslabón se había roto y no podría arreglarla allí parado. La guardó en el bolsillo, miró nuevamente hacia donde estaba el vendedor pero éste ya no estaba. ¿Cómo podía haber desaparecido tan rápido? ¿Habría entrado a la casa de la señora Verdi? Es posible que ella lo hiciera pasar.

Llegó hasta la casa de la señora Verdi y miró hacia adentro. Entró despacio sin pedir permiso a nadie. Había mucha gente allí, ¿qué pasaría? Había una ambulancia en el patio delantero de la casa. Se preocupó por lo que hubiera podido ocurrir. Vio a una enfermera llevando consigo unas pequeñas cajas metálicas y otros aparatos. El médico que estaba junto la señora Verdi que yacía en el sillón, pidió a los camilleros que trajeran la camilla para trasladar el cuerpo de esta persona. Había fallecido. Si bien la

señora Verdi era ya un poco mayor, se la veía bastante bien de salud en las ocasiones que la había encontrado dando un paseo por el barrio junto a su asistente.

El médico se acercó a José y le preguntó:

-¿Es usted pariente, vive en esta casa?

-No, soy un vecino, vi. este alboroto y me acerqué pensando que le habría ocurrido a la señora que vive aquí. –respondió. ¿Qué le pasó, doctor a esta anciana?

-Es algo extraño. Hace media hora más o menos llamó la asistente de la señora y pidió que viniera un médico porque la mujer no se sentía bien. Nos dijo que se quedó sentada allí mirando unos libros y que a cada minuto parecía iba perdiendo el aliento, que le costaba respirar pero sin emitir ningún quejido y que a sus preguntas si se sentía bien, ella solo sonreía y por momentos sus ojos se daban vuelta hacia arriba, seguía mirando el libro y empezó a tener convulsiones ¡pero siempre sonriendo! Cuando llegamos su corazón ya no latía. Aunque trajimos los equipos necesarios para la resucitación cardiopulmonar no se pudo hacer más nada. Aparentemente fue por causas naturales.

-José miró la casa, recorriendo cada uno de los antiguos retratos en la pared. Se fue acercando hasta la señora Verdi que ya estaba siendo puesta en la camilla para su traslado y tomó el libro que estaba tirado en el piso, lo abrió como en un acto reflejo ante un libro y vio que las páginas ¡estaban en blanco! Siguió mirando y no encontró nada. Sólo en la tapa quedaba el nombre del libro Tomo I “Conocer” Lo cerró y volvió a dejarlo donde estaba.

No quiso quedarse más tiempo en aquel lugar. Salió a respirar el aire fresco porque se sentía un poco perturbado con todo aquello. Cuando llegó a la vereda, volvió a ver al vendedor nuevamente, fue hasta él y le dijo:

-Usted le vendió esos libros a esta pobre anciana, aseguró que ahora podría leerlos, sin embargo ahora está muerta. ¿Qué me dice?

-Señor, no fue algo repentino. La señora Verdi era de edad avanzada. Había vivido muchos años, era hora de cruzar el umbral ¿no le parece?

-¿De qué umbral me está hablando y quién es usted para hablar así?

-Siempre se cruza el umbral que separa la vida de la muerte después de adquirir algo, mi estimado señor. En este caso, esta señora adquirió los conocimientos que le faltaban. En su vida tuvo muchas experiencias, tuvo otros conocimientos, sin embargo faltaba que alguien viniera y le vendiera algo para que un tiempo después dejara la vida en la tierra y fuese hacia la meditación eterna del ser. En cuanto a ¿quién soy yo? Ya usted debería haberlo notado. No hace falta que le explique más.

-Yo estaba a punto de comprarle los libros cuando llegué hasta aquí, algo me lo impidió ¿Por qué no insistió más cuando estuvo en mi casa? Le hubiera comprado los libros finalmente.

-Señor, respondió el vendedor con una sonrisa piadosa- yo no puedo insistirle tanto a nadie. Estoy detrás de cada acción desencadenante que activa mi presencia y no voy a ningún lugar si no hay algo que me esté llamando. Cuando pasé por su casa sus pensamientos evocaron mi presencia, pero no era mi intención venderle a usted algo, salvo que usted quisiera comprar. Quien compra, sabe por qué compra, y quien deja de hacerlo, también. Yo estoy en cualquier parte y lugar, en cualquier minuto o segundo. Puede encontrarme vendiendo cualquier cosa. Hoy he vendido libros, después venderé caramelos, un pasaje, una prenda, quien sabe, cualquier cosa, la venta sin fin. Pero lo que es seguro es que detrás de cada última adquisición, material o no, estaré yo, porque soy el reflejo de las cosas que se convierten en deseo. No tengo la más mínima intención de convertirme en un personaje, ni soy dueño de sentimientos humanos. Está usted hablando con un acto de fe que soy yo. El acto de fe que es usted solo puede poner en mí lo que yo no soy, y yo solo puedo darle lo que yo no tengo, tan solo lo que soy: eternidad. Vea los colores de mi ropa ¿Acaso no es la manera que imaginaba mi presencia? La muerte vestida de vida.

Ahora me voy. Ya no estoy en sus pensamientos. Me está reemplazando poco a poco otra cosa allí –dijo señalándole la frente. Adiós, hasta otra ocasión.

Terminó de decir esto cuando se oyó un estruendoso ruido a frenos y un choque en la esquina que sobresaltó a José dándose vuelta para ver lo ocurrido. Volvió a mirar al vendedor pero éste se había esfumado en el aire, en cuestión de segundos ya no estaba allí. Quiso acercarse al lugar del accidente pero se arrepintió. Se habían arremolinado gran cantidad de personas alrededor. ¿Qué podría hacer él? Nada. Metió sus manos en los bolsillos y en uno encontró la cadena rota y el crucifijo. Miró el eslabón roto y solo se ocurrió pensar que la vida es una compostura, un arreglo, entre lo que es y lo que no es. Venimos sabiendo que nos iremos, nos vamos, convencidos que volveremos.

El sol seguía brillando en su centro, seguía develando gratuitamente todo lo que tocaba. Los colores seguían brillando aún y por delante un camino se abría a medida que aceleraba su paso. La vida seguía siendo el ideal del universo.

FIN